

LA LITERATURA COMO FUENTE HISTÓRICA: UN LARGO DEBATE PARA UN CASO PRÁCTICO

Por *ENRIQUETA VILA VILAR*

Siempre le oí decir a D. Ramón Carande, y lo he repetido en muchas ocasiones, que la mayor riqueza cultural y patrimonial de Sevilla eran sus archivos. En efecto, en una ciudad como la nuestra, que ha sido escenario de cruces de civilizaciones y que durante dos largos siglos fue una de las metrópolis más cosmopolitas del mundo, al ser “puerto y puerta de las Indias”, la huella del pasado tiene un peso indiscutible que se observa nada más iniciarse en la lectura de los miles, millones de documentos, que se conservan en numerosos lugares de la ciudad: archivos parroquiales, de hermandades, Catedral, Arzobispal, la deslumbrante Biblioteca Capitular y Colombina, los restos del que fuera espléndido de la Audiencia Provincial, Municipal, Diputación, el riquísimo, inagotable y siempre sorprendente Archivo de Protocolos y, claro está, esa joya universal y bien ordenada y catalogada que constituyen los documentos que se guardan en el único Archivo continental del mundo: el General de Indias. Me he permitido hacer esta relación de repositorios documentales sevillanos, que la mayoría de Vds. conocen muy bien, porque con ello quiero justificar, de alguna manera, una licencia que me van a permitir y que va a ser comenzar este discurso con unas reflexiones sobre parte de mi trayectoria investigadora y, hasta cierto punto, también personal.

Para una recién licenciada en la magnífica Facultad que era Filosofía y Letras de principio de los años sesenta, en la que en

los dos intensos años de comunes recibíamos una formación amplia y sólida, pero en la que sólo había dos especializaciones, Historia General e Historia de América, la atracción del Archivo de Indias fue, en mi caso, decisiva. Pocas mujeres optaban en aquellos años por seguir una profesión, pero mis circunstancias personales me permitieron dedicarme a algo que me atraía y me interesaba: la investigación. Me dirigí al que había sido mi profesor de Historia de los Descubrimientos Geográficos, D. Francisco Morales Padrón, mi querido maestro ya para siempre en tantas y tantas cosas, y me propuso un tema para la tesina que me tuvo entusiasmada durante bastante tiempo: el descubrimiento de Alaska por las expediciones españolas del S. XVIII en el Pacífico y el primer encuentro con los rusos que se plasmó en mi primer trabajo y que se publicó con el llamativo título de “Los rusos en América”. Por lo visto, y sin saberlo aún, ya apuntaba mi atracción por la literatura y la indudable interconexión con la Historia.

Como es natural no pienso cansarles con mi trayectoria investigadora pero si quiero resaltar que en cada uno de los temas que he ido desarrollando me he encontrado con situaciones y personajes que podían ser más de ficción que de historia. En muchas ocasiones he podido comprobar fehacientemente que siempre la realidad supera la ficción. Hasta tal punto, que mi marido, al que he mareado en muchas ocasiones con mis hallazgos y mis arquetipos –funcionarios indianos, tratantes de esclavos, comerciantes emprendedores o empresarios aventureros- probablemente influido por el cariño, que le llevaba a atribuirme capacidades que no poseo, o contagiado por mi entusiasmo, me ha llegado a sugerir, en algunas ocasiones, la posibilidad de que escribiera una novela de tal o cual personaje: por ejemplo Juan Antonio Corzo Vicentelo o Tomás Mañara, dos caballeros cuya vida supera la de cualquier protagonista de la tan extendida como poco conseguida novela histórica actual. Algunos de los historiadores que pertenecen a esta Academia, con más ingenio y mejor pluma que la mía, saben a lo que me refiero porque ellos si han logrado introducir sus conocimientos históricos en el genero de ficción. Pero cada uno está preparado para lo que está y mi deformación profesional, bastante desarrollada, está motivada por el hecho de haber pasado más de treinta años trabajando en los archivos. Casi todos

mis libros son de investigación pura y dura, escritos sobre datos recogidos en miles de documentos a partir de los cuales es muy difícil crear un lenguaje atractivo al lector; aunque en los últimos, la experiencia adquirida me haya permitido algunas licencias literarias y haya procurado una narración algo menos indigesta.

El paso inexorable del tiempo me llevó a la jubilación con sus inconvenientes y sus ventajas: entre los primeros señalaría la sensación de abismo que siempre produce enfrentarte con una nueva etapa de tu vida; entre las segundas encontrarte absolutamente dueña de tu tiempo aunque esto último tarda algo en digerirse. Ante estas dos realidades que de repente envolvían mi vida y sin saber muy bien que rumbo tomar, decidí darme un descanso y ponerme a leer literatura, nada de historia que era lo que había leído mayoritariamente durante tanto tiempo. Y me enfraqué, sobre todo, en la novela. Sin una idea fija. Sin ningún plan. Sólo leer. Leer ocho o diez horas diarias. Y, de pronto, me encontré llena de proyectos y con una nueva panorámica para mi labor de tantos años: relacionar algunos de mis estudios históricos con el género de ficción y ver qué influencia mutua pueden darse en casos concretos. Por supuesto que en la mayoría de mis trabajos he recurrido a la literatura para situar a los personajes en su ambiente. ¿Como interpretar los datos sobre episodios o personajes de los siglos XVI o XVII guardados en los documentos sin recurrir a la literatura del Siglo de Oro? ¿O como reflexionar sobre el tema de la trata esclavista y de la esclavitud de los africanos en general sin plantearse por qué la historia y la literatura silenció durante tanto tiempo un fenómeno de tales características que impregnó todo el tejido económico, social y cultural y que afectó a toda la civilización occidental durante un periodo de casi cuatro siglos? Por supuesto que todo eso ya lo había contemplado, reflexionado y escrito, pero lo que ahora me interesaba era otra cosa. Era comparar mis datos históricos con las propuestas literarias. Ver la relación íntima entre lo que refleja la literatura y lo que dicen las noticias concretas que aparecen en los documentos. Es algo que ya hice en un pequeño ensayo que apareció en un tomo colectivo editado en México, en el Fondo de Cultura Económica, titulado "Imagen e identidad del indiano en el Siglo

de Oro” y resulta sorprendente como huellas documentales tan concretas como la descripción de vestidos, joyas, costumbres, situaciones y apreciaciones sobre los personajes coinciden plenamente con lo que aparece reflejado en distintas obras literarias. Esa es la línea que actualmente ocupa parte de mi tiempo y de la que quiero presentar aquí hoy esta primera reflexión, porque el plantearme este Discurso de Inauguración de curso me ha hecho darme cuenta que la nueva etapa de mi vida de la que antes hablé había empezado hace tiempo. Pertenezco a esta Academia desde 1996 -doce años ya- y lo que me quede que vivir y que trabajar quiero compartirlo con todos Vds. y no es ningún vano halago por mi parte si digo que me siento profundamente orgullosa de formar parte de ella.

La literatura como fuente histórica, constituye un debate largo y profundo sobre lo que se ha escrito bastante. Por eso, formular esta premisa impone precisar la relación que corresponde al historiador con una fuente de carácter tan diferente como a primera vista puede parecer. Y me apresuro a aclarar que para el historiador, el interés por la obra literaria es esencialmente distinto al que pueda producir en el crítico literario, el historiador de la literatura o el lingüista. De otro modo no me habría atrevido a acercarme a este tema teniendo en cuenta los distinguidos miembros de esta Academia que con tanto éxito cultivan esos campos.

Afirma el profesor Jover, que el historiador busca en la obra literaria el testimonio vivo de una sociedad, la manifestación de unas creencias, de unas mentalidades que el autor refleja y frente a las cuales toma partido, bien directamente o bien a través de sus personajes. Y se remite como ejemplo al que es obvio: *Los Episodios Nacionales* de D. Benito Pérez Galdós. Según Chartier, los historiadores, en la actualidad, saben que el conocimiento que producen no es más que una de las modalidades de la relación que las sociedades mantienen con el pasado.

En la intencionalidad y la fuerte convicción que anima al historiador de encontrar la verdad, a pesar de lo que algunos opinan sobre las implicaciones ideológicas que se pueden dar en el trabajo de recogida, consulta e interpretación de los documentos, hay siempre una línea de separación entre la historia y la ficción. A diferencia de la novela, las construcciones del historiador pre-

tenden ser reconstrucciones del pasado. A través del documento, el historiador se somete a lo que en determinado momento sucedió. El novelista puede moverse por el tiempo a su antojo. Según esto, Ricoeur se pregunta si la historia y la ficción no aportan dos respuestas diferentes pero complementarias a la discordancia entre lo que él llama tiempo mortal y tiempo cósmico. Y llega a la conclusión que la respuesta de la historia es la reinscripción del primero sobre el segundo por medio de conectores específicos como el calendario, la sucesión de generaciones o los documentos en tanto que restos, vestigios o huellas, mientras que la respuesta de la ficción es inventar variaciones imaginarias relacionadas con la fisura que separa las dos perspectivas del tiempo. Eso es lo que hace tan valiosa la soltura interpretativa de la literatura frente a las reglas que siempre se impone todo historiador profesional.

En una conferencia titulada *La novela en la Historia, la Historia en la novela*, Antonio Muñoz Molina afirma: “El tiempo de la Historia se disuelve en las peripecias de quienes la viven sin intuir siquiera la significación de lo que está sucediendo: en esa confluencia entre el tiempo público y el privado establece su reino la novela. En el margen o en el reverso de las grandes épocas de los hechos históricos, urden sus vidas los personajes novelescos” Carmen Iglesias, que, con su magnífico Discurso de ingreso en la Academia de la Lengua, titulado *De historia y de Literatura como elementos de ficción*, me ha proporcionado muchas ideas y datos para este trabajo, afirma que en esta frase se define perfectamente el territorio de la literatura en la interrelación entre el presente y el pasado y que si la historia estudia el pasado desde el presente y esa comprensión nos arma para el futuro, da la impresión, a veces, que la literatura divisa el futuro a través de ese presente. Tiempo histórico y tiempo literario que es muy importante tener en cuenta para hacer interpretaciones en uno o en otro sentido.

Cada vez más, y a pesar de la especialización que se han ido imponiendo en todas las áreas del conocimiento, los cultivadores de las ciencias en general y, sobre todo, los que nos dedicamos a lo que conocemos como “ciencias sociales”, nos damos cuenta de la necesidad de la interdisciplinaridad entre unos cam-

pos y otros, de tal modo que se está volviendo al espíritu que animó a las Academias en el siglo XVIII, de la que es buen ejemplo esta que nos acoge. La atención, desde mediados del pasado siglo, a la historia económica y social, apoyándose en datos nuevos y estadísticos que sobrepasaban en mucho la historia “externa” o “ideológica”; o el interés por la historia de la cultura y de las mentalidades, ha obligado a los historiadores a buscar nuevas fuentes y nuevos métodos que puedan introducirlos en una dimensión que les permitan captar situaciones y personajes más remisos a dejar huellas: los llamados “gentes sin historia”, que al fin y al cabo son los que soportan y, en muchos casos promueven, los verdaderos cambios experimentados por la humanidad. Y desde luego para esto nada más interesante para un historiador que las fuentes literarias como ya pusieron de manifiesto en su día maestros como Américo Castro o Jaime Vicens Vives, y más recientemente Jose Antonio Maraval o Antonio Domínguez Ortiz, por citar los más relevantes para mí.

Dice Julian Marías en un artículo publicado por *Urogallo* en 1993, que “la literatura y más concreto, la novela, es un recordatorio muy eficaz para los historiadores respecto a esa dimensión del pasado (y del presente) en la que lo imaginado y lo posible es tan historicamente relevante como lo acaecido y lo real”. Alejo Carpentier, describe, con su maestría acostumbrada, esta misma idea y nos refleja la indudable interrelación entre la novela y la historia de esta manera: “...la función cabal de la novelística consiste en violar constantemente el principio ingenuo de ser relato destinado a causar placer estético a los lectores, para hacerse instrumento de indagación, un modo de conocimientos de hombres y épocas, modo de conocimiento que rebasa, en muchos casos, las intenciones de su autor”. Este caso, que se da en casi todas sus novelas –no conozco ningún documento más gráfico para conocer la revolución de Haití que *El reino de este mundo* – ha tenido muchos y notabilísimos precedentes. Baste citar a Cervantes, Shakespeare, Stendhal, Flaubert, Dostoievski, Balzac, Galdós o Baroja.

Actualmente, las distintas tendencias de la historia de indagar nuevos terrenos - vida cotidiana, lo que se ha dado en llamar historia de género, de las mentalidades, de la vida cultural

etc. han penetrado en campos que antes sólo eran tratados en el terreno novelístico. Todos los nuevos problemas y los nuevos planteamientos de la sociedad en la que nos encontramos han tenido, como dice Carmen Iglesias, su experimentación correlativa tanto en el género de ficción como en la técnica y escritura de los historiadores.

Por todo esto, e inspirada también por la obra del profesor Morales Padrón, *Hispanoamérica en sus novelas* en la que se pone de manifiesto como la enorme complejidad histórica de un continente está recogida en su abundante y relativamente reciente novelística, es por lo que se me ha ocurrido tomar dos novelas de las llamadas esclavistas, una referida al mundo hispanoamericano – *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda- y otra al mundo anglosajón - *La cabaña del tío Tom* de Harriet Beecher Stowe – como modelos de referencia para observar la similitud o disimilitud con la historia en un caso concreto: el largo , complicado y sangriento proceso de la abolición de la esclavitud en ambos territorios.

Antes de entrar en esta materia parece conveniente referirse, aunque sea de forma somera, al problema de la esclavitud en los albores del siglo XIX, y presentar algunas cuestiones previas. Por espacio de tres siglos, Europa entera había participado en el comercio de esclavos, los había introducido en sus colonias y, lo que es más importante, alguna de las potencias europeas – Portugal, Holanda, Francia e Inglaterra- habían sido las encargadas de suministrar la mano de obra esclava a las posesiones americanas por medio de sucesivos asientos que se fueron firmando. Es decir, que hasta fines del siglo XVIII, que en Inglaterra comenzaron a surgir algunas voces contra el tráfico de esclavos, había sido reconocida universalmente la legitimidad de este comercio y, por supuesto la de la institución de la esclavitud como tal. Y aunque hubo individualidades que a lo largo de estos siglos condenaron, sobre todo el tráfico y sus inhumanas condiciones, a nivel estatal nadie había pensado en ponerle trabas. La esclavitud colonial en España se convirtió en una cuestión de Estado y como tal debería ser resuelta. La mayor parte de las labores agrícolas descansaban en hombres de color, sobre todo en la zona del Caribe donde predominaba la agricultura de plantación.

De todos los territorios americanos, Cuba se presentaba como el más conflictivo al haberse convertido, en un largo proceso histórico en el que ahora no me voy a detener, en la mayor potencia azucarera del mundo, basada en la mano de obra esclava que los mismos cubanos, a partir del siglo XIX, se encargaban de transportar a la isla, con lo cual se creó una poderosa clase, cuya mentalidad, formada por las ideas de la Ilustración estaba sustentada en una sociedad colonial; en una sociedad contradictoria, a la par liberal y esclavista; independentista y defensora del régimen colonial. No es de extrañar, por tanto la mirada crítica de muchos extranjeros que en esos años acudían a la Habana, como es el caso de la conocida Condesa de Merlín, cubana afincada en Francia, que en su *Viaje a la Habana*, publicado en 1844, no duda en afirmar: “No hay pueblo en la Habana: no hay más que amos y esclavos”.

Cuando comienzan en toda Europa los movimientos para la supresión del tráfico, España se empeñaba en fomentarlo entre sus comerciantes cubanos. Terrible error, que creó unas secuelas, que serían arrastradas durante toda la centuria y que impuso el temor generalizado de que los cubanos se declarasen independientes si se menoscababan sus derechos como propietarios de esclavos. Sentimiento que unió irremediamente la cuestión colonial con la esclavista y que creó la conciencia del binomio antiesclavista- antipatriota.

El negro fue siempre en América una especie de cuerpo extraño. De manera consciente o inconsciente el problema de la esclavitud del negro se presenta en el siglo XIX como algo que se había ido tolerando a lo largo de tres siglos como una lacra social, molesta pero necesaria. Ello explica el silencio sobre los africanos en América en la documentación oficial, en la historiografía hasta bien avanzado el siglo XX, en la legislación y, en general, en toda la sociedad. La historia del africano ha sido durante mucho tiempo una historia silenciada hasta el punto que es muy significativo que las dos Constituciones más liberales y liberalizadoras del mundo, la norteamericana de 1789 y la española de 1812 eluden el tema. Fueron necesarias dos grandes guerras para que el problema quedara resuelto. Se convirtió, tanto en España como en América, en un asunto político e ideológico.

En un trabajo que publiqué hace ya tiempo "Intelectuales españoles ante el problema esclavista" se pone de manifiesto como a fines del XIX resulta difícil encontrar firmas en España, salvo en los autores que habían batallado desde 1864 en torno a la Sociedad Abolicionista Española, -por ejemplo, Castelar, Pi y Margall, Echegaray, Ruiz Zorrilla, Salmerón o Rosalía de Castro, entre otros- que quisieran abordar un asunto tan polémico y espinoso como el de la esclavitud por el binomio que se había establecido entre abolición-pérdida de las colonias.

Distinta fue la situación en los Estados Unidos a pesar del problema que también supuso para esta nación el tema del esclavismo. El hecho de que la emancipación fuera allí más temprana y gradual que en la colonias hispanas, propició que los interesados en la población de color se encontraran, en algunos Estados, con las manos libres para poder acometer cualquier tipo de estudios sin presiones de uno u otro signo. De forma que, en la segunda mitad del siglo XIX, surge una amplia bibliografía sobre el negro de la que arranca la fuerte tradición norteamericana que se ocupa de este tipo de trabajos. Pero también en esta época la sociedad americana establecía una profunda diferencia, tanto en la historia como en la literatura; un nuevo énfasis en las peculiaridades distintivas de los diversos tipos nacionales que pronto se tradujeron en una superioridad racial de la raza blanca o anglosajona con respecto a la negra hasta tal punto, que en la década de 1840-50 surge la discusión sobre el afroamericano bajo la premisa básica de que eran esencialmente diferentes. En este sentido hay una cierta coincidencia con la conciencia esclavista cubana -aunque mucho más feroz en la bella isla caribeña y en la misma península-donde se dudaba si el esclavo tenía alma. En los primeros años del S. XIX, Blanco White, en un libro pionero titulado *Bosquexo del comercio de esclavos y consideraciones sobre este tráfico considerado moral, política y cristianamente*, publicado en Londres en 1814, y reeditado recientemente por Manuel Moreno Alonso, tiene que dedicar varias páginas a demostrar con todo ahínco que los negros no son animales; y en una época tan tardía como 1873, la revista *El abolicionista* creyó necesario publicar un extenso artículo firmado con un pseudónimo y titulado "La Raza negra",

donde se esgrimen numerosos argumentos para demostrar que los negros eran hombres iguales que los blancos.

A pesar de todo ello, también en Cuba, en la primera mitad de la centuria cobra impulso el tema antiesclavista en un grupo de intelectuales que se agrupaban en torno a la figura de Domingo Del Monte, si bien en un principio su postura se tiñe de una ideología más bien reformista, que consideraba la esclavitud como un mal endémico al que sólo era posible transformar, pero no eliminar. Este gran problema de la sociedad cubana no pudo impedir que desde la segunda década del siglo XIX, se abrieran en Cuba una serie de actividades de una minoría criolla culta y de ideales liberales, núcleo de una clase media que en esa época comenzaba a formarse y que estaba integrada por hombres y mujeres comprometidos con la realidad social en la que vivían y que llevan sus críticas al género de ficción. Me refiero a la primera generación de narradores genuinamente cubanos que inauguran la prosa literaria en Cuba: Cirilo Villaverde (1812-1894), Ramón de Palma y Romay (1812-60), Félix Tanco Bosmeniel (1796-1871), Anselmo Suarez Romero (1818-78), Pedro José Morillas (1803-81), José Antonio Echevarría (1815-85) y Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-73). Aunque la vocación de todos tiende a la ficción, no olvidan el sello costumbrista y pintoresco ya que todos se movieron entre la literatura y el periodismo con una actitud nada conformista con el momento histórico que les tocó vivir, siguiendo la línea de un Saco o un Luz Caballero. De todos ellos, sin duda el más completo es Cirilo Villaverde que escribió la más importante novela cubana del siglo XIX.

Las dos novelas elegidas para este estudio no lo han sido al azar. Hay una serie de elementos que me han hecho inclinarme por ellas. La época en que fueron escritas, la similitud social y educacional de las dos autoras, el hecho que ambas sean radicalmente románticas, el carácter feminista de cada una de ellas, el tono paternalista con que las dos ven el problema de la esclavitud incapaces de evadirse del ambiente histórico descrito y , sobre todo, el hecho de que en las dos novelas el argumento gire sobre dos protagonistas negros abnegados que dan su vida voluntariamente por sus propios sentimientos: Sab por su amor imposible por Carlota y Tom por su profundo sentido religioso. Son nove-

las románticas, basadas en la exaltación de las pasiones y de los sentimientos. Pero bajo mi punto de vista, ninguna de las dos pueden considerarse totalmente novelas antiesclavistas, porque si bien emplean un lenguaje duro, exponen situaciones trágicas, exaltan la figura del negro y reconocen que son capaces de poseer los mejores sentimientos, nunca denuncian la injusticia del sistema –salvo algunos alegatos sobre todo en *Sab* que ahora veremos y el último capítulo de *La cabaña*- y se dejan arrastrar por el problema que presentaba el sistema establecido, como había venido ocurriendo desde que comenzó la trata. La mentalidad que sobre la esclavitud en general, un fenómeno histórico de muy larga duración, había creado en la sociedad en la que ambas autoras se desarrollaron, influye en ellas irremediamente.

Sobre el carácter antiesclavista de las dos novelas hay bastante controversia entre los críticos literarios, pero yo estoy hablando como historiadora. La misma Avellaneda, en la primera edición de su novela, aparecida en 1838, pero que al parecer escribió tres años antes y por tanto pionera de este género,- la muy conocida de Stowe no se publica hasta catorce años más tarde-, parece que se arrepiente de haberla escrito o que quiere justificar su postura. Antes de comenzar la novela aparece un párrafo bajo el rótulo de “Dos palabras al lector”, en el que dice entre otras cosas lo siguiente: “Por distraerse de momentos de ocio y melancolía han sido escritas estas páginas: la autora no tenía entonces la intención de someterlas al terrible tribunal del público. Tres años ha dormido esta novelita casi olvidada en el fondo de su papelera...” Y después de justificar su publicación por presiones de amigos interesados y personas entendidas termina diciendo que “...espera que si las personas sensatas encuentran algunos errores esparcidos en estas páginas, no olvidaran que han sido dictados por los sentimientos, algunas veces exagerados pero siempre generosos de la primera juventud” Y desde luego, Avellaneda nunca se distinguió ni por su prudencia ni por su cautela en otros temas.

Para mí, además de dos novelas antiesclavistas, o al menos así están consideradas, son también dos novelas feministas al sentirse ambas autoras en su condición de mujer tratadas como esclavas. Ambas así lo expresan. En un párrafo de *Sab*, Avellaneda hace decir a su protagonista, la dulce Carlota:

“¡Oh las mujeres! ¡Pobres y ciegas víctimas! Como los esclavos ellas arrastran pacientemente su cadena y bajan su cabeza bajo el yugo de las leyes humanas. Sin otra guía que su corazón ignorante y crédulo, eligen un dueño para toda la vida. El esclavo, al menos, puede cambiar de amo, puede esperar que comprando oro comprará algún día su libertad”

Como se ve, aquí el feminismo se impone al antiesclavismo. Este mismo feminismo y su deseo de no ser tratada como una esclava es lo que impulsa a Stowe a escribir según ella misma afirma “He decidido no ser una simple esclava doméstica ni tan siquiera el tiempo para cumplir como se debe con mis obligaciones”.

Ambas autoras pertenecen, sin duda, a esa pléyade de escritoras abnegadas y comprometidas decimonónicas que no se conformaron con el papel doméstico que la sociedad les había otorgado, que lucharon por salir de él aunque el ambiente en que se movieron hicieron que fueran postergadas hasta el punto de que muy pocas han conseguido estar en la historia de la literatura. George Sand que leyó la *Cabaña del Tío Tom*, sitúa el libro de Stowe dentro de la tradición de la novela doméstica de mujeres del siglo XIX que desde la crítica han gozado de muy poca popularidad, porque, en general a este género se le ha atribuido cierta validez como exponente de la realidad, pero se le ha condenado por la pobreza estética. Sin embargo, la propia George Sand, en una reseña que hace del libro termina con la exhortación siguiente: “¡Honor y respeto para Vd. Sra. Stowe! Algún día, su recompensa que ya consta en el cielo, también le llegará en este mundo”. Y desde luego, tal recompensa le llegó muy pronto. De su novela se vendieron miles de ejemplares en los E.E. U.U. y en toda Europa, hizo viajes triunfales promocionándola y es muy conocida la anécdota de que el mismo presidente Lincoln, después de la Guerra Civil quiso conocerla y le espetó: “¿Así que Vd. es la mujercita que escribió el libro que ha desencadenado esta gran guerra?”. Tal influencia tuvo el *Tío Tom* que el propio presidente la considera el desencadenante que removió la conciencia de los americanos ante una flagrante injusticia que estaba

a la vista de todos; pero para los afroamericanos, ser comparado con el Tío Tom resulta casi un insulto porque creen que la autora no refleja un personaje masculino, sino femenino. En general, la crítica literaria ha sido dura con la calidad de la novela y habría que esperar a que los críticos de fines del siglo XX, reivindicaran el papel de estas escritoras norteamericanas del XIX y de entre ellas, Harriet Beecher Stowe, surge como un hito indiscutible dentro de la cultura e historia literaria de los E.E.U.U.

No tuvo la misma trayectoria la obra de la Avellaneda, para mi mucho mejor novela y más de acuerdo con la realidad que la anterior. Es una obra de juventud editada en 1838 y prohibida en Cuba donde estaba latente el problema y que pasó en su época casi desapercibida. La tormentosa vida de la Avellaneda, contrasta con la tranquila vida familiar de la Stowe. Nacida en Camagüey, donde pasó su juventud, llegó a España con 22 años, primero a Sevilla y luego a Madrid, donde pronto se encontró sumergida en los más altos círculos literarios, y tuvo una intensa y no muy feliz vida amorosa. Amiga de Fernán Caballero, a la que frecuentó durante su última estancia en Sevilla, a partir de 1864, fue siempre más considerada como poeta que como narradora. Sin embargo su novela, -que para mí tiene un antecedente claro en *Bug-Jargal*. de Victor Hugo escrita en 1826,- aunque puede parecer una simple historia de amor, tiene más fuerza expresiva que la de Stowe, admitiendo que el lenguaje de ésta es más duro y realista. No voy a entrar en los argumentos de las dos obras, pero si resaltar algunas similitudes entre ambas, algunas posturas en casos concretos y las más fuertes denuncias sobre los modos de la esclavitud tal como la concibe cada una. En primer lugar me gustaría destacar un hecho: como ya he dicho ninguna de las dos consigue desprenderse de la mentalidad que las envolvía y ambas justifican de alguna manera la imposibilidad de revelarse contra la suerte que le deparan a ambos protagonistas y la actitud casi reverencial de éstos hacia el blanco al que aman. Así, el capítulo primero de *La Cabaña...* se titula "En el que se presenta al lector a un hombre humanitario" Con esto está dicho todo, porque se trata del Sr. Shelby, "un caballero", lo define la autora, dueño de Tom, que en una conversación con un tratante de esclavos, éste sí descrito como un dechado de maldad, está

negociando la venta de Tom, que hacía más de treinta años que le servía y al que describe como:

“Un hombre bueno, formal sensato y piadoso. Se convirtió a la religión hace cuatro años y creo que se convirtió de verdad. Desde entonces le confío todo lo que tengo: dinero, casa, caballos y le dejo ir y venir por los alrededores. Y siempre lo he encontrado honrado y cabal en todas las cosas”

Pues bien: este “hombre humanitario” no duda en vender a su fiel sirviente y a un niño, hijo de una esclava de su mujer a la que también tenía en gran estima, al malvado traficante, porque es la única manera que encuentra de saldar una deuda. La autora lo justifica plenamente de forma que su protagonista no sólo no se revela ante tal injusticia sino que en todo momento bendice u justifica a su buen amo. Del mismo modo, Sab, el protagonista de Avellaneda es presentado como un ser noble y excepcional. Al presentarlo describe la autora:

“Era el recién llegado un joven de alta estatura y regulares proporciones, pero de una fisonomía particular. No parecía un criollo blanco, tampoco era negro ni podía creérsele descendiente de los primeros pobladores de las Antillas. Su rostro presentaba un compuesto singular en el que se descubría el cruzamiento de dos razas diversas, y en el que se amalgamaban, por decirlo así, los rasgos de la casta africana con los de la europea, sin ser no obstante un mulato perfecto”.

Apunta también que era un hombre culto, aficionado a la lectura y que en cierto momento siente envidia de Otelo porque siendo africano fue amado por una noble doncella. Pero le hace exclamar: “¡Oh, Otelo! ¡Qué ardientes simpatías encontrabas en mi corazón! Pero tu eras libre”. Es decir, que ya no es siquiera el color de la piel, que en este personaje, para ennoblecerlo aparece fuertemente blanqueada, sino su condición de esclavo lo que hace que la autora considere imposible que sea amado por Carlota, la

bella, rubia, candorosa y noble protagonista. Sólo en un momento de arrebató que producen en Teresa, -el otro personaje femenino, la prima poco agraciada, pobre, recogida por la familia y de alguna forma marginada- la confesión del amor noble y sublime de Sab por Carlota, el grado de abnegación a que está dispuesto a llegar y su convicción de que por “la maldición terrible que pesa sobre mi existencia y está impresa en mi frente” nunca podrá ser amado por una mujer, ella se ofrece a seguirlo a remotos climas y a ser “su amiga, su compañera, su hermana”. Ello hace decir a uno de los críticos de la obra de Avellaneda que es uno de los momentos más progresistas y atrevidos del relato. ¿Cómo podía admitir la sociedad que, en esa época, primera mitad del siglo XIX, una blanca se uniera a un esclavo por muy idealizado que se le pinte? Son dos casos claros de cómo el peso de la historia influye en dos narraciones que se oponen claramente a la injusticia de la esclavitud.

Pero también hay que decir que la narración y descripción de los malos tratos que sufren ambos, el sufrimiento interior que su estado de siervo produce en ellos, las escenas de horror y de injusticia que se describen con toda su crudeza, aportan al, casi siempre, frío documento, una viveza que introduce al historiador en la vida real y lo pone en la situación que las dos autoras tuvieron la oportunidad de observar. Es verdad que ambas adolecen de suponer un panorama idílico para los esclavos domésticos, que si bien eran mejor tratados, estaban muy lejos de la descripción, por ejemplo de la cabaña en la que vivía el tío de Tom:

“ Una huerta pulcra, delante donde en verano medraban, con esmerados cuidados, fresas frambuesas y abundantes frutas y verduras. Toda la parte delantera estaba cubierta por una gran bignonia escarlata y una rosa de pitimín que, enroscándose y entrelazándose, apenas dejaban vislumbrar los ásperos troncos de la fachada”

Siempre en el mismo tono sigue una descripción del interior de la cabaña. Del mismo modo, Sab se considera privilegiado porque

“jamás he sufrido el trato duro que se da generalmente a los negros, ni he sido condenado a largos y fatigosos

trabajos...hallé en mi amo actual el corazón bueno y piadoso del amable protector que había perdido...seis años tenía yo cuando mecía la cuna de la señorita Carlota y más tarde fui el compañero de sus juegos y estudios...y me concedía el cariño de un hermano”.

Es cierto que estos casos se daban, más si como se deja entrever en la novela, Sab podría haber sido hijo de un miembro de la familia, algo frecuente en Cuba en esos años.

Ambas también tejen una historia maniquea de buenos y malos entre los blancos: amos caritativos que cuidan con amor a sus esclavos y amos malvados –casi siempre tratantes, nunca señores– que los maltratan de la forma más inicua y cruel, los someten a trabajos durísimos que describen con toda expresividad, sobre todo Stowe, y a torturas que acaban en muerte. No existen términos medios. Algo que tampoco es del todo real, pues si bien siempre existieron personas más o menos caritativas, más o menos crueles, el documento refleja que el esclavo era una “cosa” un “bien” del que había que obtener el mayor rendimiento posible. Y también adolecen ambas de un alto grado de romanticismo, al presentar a dos esclavos idealizados y sublimes, de una exaltación de su amor a Dios, la fe en su providencia, y la resignación a la que se someten, que no aparece en ninguno de los documentos que he manejado. Sin embargo, en esta faceta de los dos protagonistas, es donde más estriba su diferencia y por tanto la mentalidad de ambas autoras. Tom nunca se plantea rebelarse a su destino; Sab sí, tal como él mismo confiesa en un pasaje de la obra, aunque más tarde lo rechaza. Y por eso ambos denuncian la injusticia de la esclavitud de forma muy diferente. Tom, al final de la novela, después de sufrimientos indescriptibles y al llegar agotado y medio muerto después de una jornada de trabajo, cuando acostumbraba a leer la Biblia que era su consuelo, una noche la autora lo somete a estas consideraciones:

“¿Es raro que el sosiego y la confianza religiosos que el había sustentado hasta ahora dieran paso a conmociones del alma y tinieblas desesperanzadas? Los problemas más misteriosos de esta vida misteriosa estaban cons-

tantemente ante sus ojos: almas aplastadas y envilecidas, el mal triunfante y Dios callado. Durante semanas y meses, Tom luchó a oscuras y con tristeza, dentro de su propia alma...Miraba día tras día, con la tenue esperanza de ver llegar a alguien para redimirlo y cuando no llegaba se agolpaban en su alma amargos pensamientos: que era inútil servir a Dios y que Dios se había olvidado de él”.

Bastó que su malvado amo se mofara de su abatimiento y sus dudas para que su fe recobrará nuevo valor y poder morir como un auténtico héroe.

Sab, también en los últimos momentos de su vida, en los que escribe una carta a Teresa abriéndole su alma, después de preguntarse si es culpa suya que Dios lo haya dotado de un corazón y un alma, se plantea lo siguiente:

“ Pero si no es Dios, Teresa, si son los hombres los que me han formado este destino, si ellos han cortado las alas que Dios concedió a mi alma, si ellos han levantado un muro de preocupaciones entre mí y el destino que la providencia me había señalado, si ellos han hecho inútiles los dones de Dios.....si son los hombres los que me han impuesto este horrible destino, ellos son los que deben temer al presentarse delante de Dios: porque tiene que dar una cuenta terrible, porque han contraído una responsabilidad inmensa”.

Puede verse la diferencia de la actitud de ambos. Tom se rebela contra el hecho de que duden de su fe; Sab, acusa abiertamente a los hombres, a la sociedad, en un párrafo bellísimo que por su extensión no he podido transcribir aquí entero, y pone de manifiesto la responsabilidad de ésta ante el gran problema de la esclavitud.

Son dos novelas, por tanto, que condenan la esclavitud en una época todavía temprana, aunque no pueden escaparse de la mentalidad imperante. Stowe tiene un capítulo final en el que da cuenta de los personajes y las situaciones reales de la novela y en el que plantea abiertamente la necesidad de acabar con la esclavi-

tud de la que todos son culpables, sin diferenciar la responsabilidad entre el norte y el sur y en el que también plantea el asunto espinoso del papel de la Iglesia, algo que pocos se habían atrevido a denunciar antes.

Son por tanto dos textos que presentan bajo el género de ficción, unos hechos históricos que vivieron personalmente y que manejan a su antojo, como es normal en el relato novelesco, pero que son producto del tiempo en que se escribieron. Sin embargo, no cabe duda, que a las dos le cabe la gloria de ser pioneras en su tiempo de la denuncia de uno de los más flagrantes delitos cometidos por la humanidad. Con un lenguaje vivo y expresivo que da vida a los, casi siempre, fríos datos documentales. Algo que los historiadores agradecemos aunque tengamos que fijar lo real o lo inventado. Historia y ficción, géneros sujetos a distintas normas y, con frecuencia, a distintos resultados, pero en todo caso complementarios.